

decir mas de lo necesario despues de bien premeditado. Espresa tus pensamientos con dulzura y modestia, y lo mas breve que puedas.

nunca lograrás convencer á nadie de lo que intentas: de ambas partes aún quedará una fuerte adhesion á miserables opiniones; y á esto se reduce todo. ¡Oh! cuánto mejor es que te mantengas en un modesto silencio, y que hagas sentir á los otros los efectos de una dulce amabilidad! Esfuérzate, pues, por vivir en buena inteligencia con los que te rodean, y guárdate de mezclarte en esas fútiles cuestiones, teniendo presente que si en el dia del juicio has de dar cuenta de cualquiera palabra ociosa, con mayor razon se te haria cargo de esas conversaciones en que te animaba la pasion ó la rivalidad.

## FRUTO.

Un viagero aleman, muy instruido, suplicaba una vez á la sábia Madama Dacier, que pusiese su nombre en un librito de memoria, en donde recojia los de las personas célebres que encontraba en sus viajes. Opúsole una larga resistencia, pero vencida en fin por las instancias del viajero, escribió su nombre y este verso de Sófoles:

De las mugeres, joya es el silencio.

tencion pura. Y si tú obraras con ella y estuvieras animada de un verdadero celo, te compadecerias mas bien, y buscarias motivos

Si una muger del mundo pensaba y escribia es esta manera, ¿qué deberás pensar y hacer tú que profesas la vida religiosa? Ten cuidado y emplea todos tus esfuerzos en la adquisicion de ese adorno preciosísimo. Imita á María, Madre de Jesus: recójete profunda y modestamente dentro de tí misma, y entónces, favorecida del silencio, oirás mas clara y distintamente la palabra divina. Con frecuencia nos arrepentimos de haber hablado; mas de guardar silencio ningno se arrepiente.

## CAPITULO V.

## NO JUZGAR DEL PRÓJIMO.

I. HIJA mia, á nadie tengas en mala opinion, y aun cuando veas que alguno comete una accion mala, considera que yo lo permito para que su autor se humille y aproveche con ocasion de su pecado. Atenta á esto, no debes ni condenarlo ni despreciarlo. Lo que en tal circunstancia debes hacer es gemir interiormente en vista de tu propia ingratitud; porque la gracia es lo único que te está deteniendo en el buen camino, y sin este auxilio

decir mas de lo necesario despues de bien premeditado. Espresa tus pensamientos con dulzura y modestia, y lo mas breve que puedas.

de Dios que te sostiene, ninguna caida seria tan miserable como la tuya. Dí entónces: si éste hubiera tenido la gracia que yo tengo, habria mostrado un celo mayor que el mio en el servicio de Dios, y le serian sus obras mas meritorias que las mias. Reflexiona, que luego que yo mire á este hombre con ojos de compasion, un rayo de mi gracia lo ilustrará, y de nuevo se sentirá animado del espíritu de penitencia; y que, arrepentido tal vez en este mismo instante, es ya mas santo que los que lo desprecián. Así es que, cuando juzgues desfavorablemente á tu prójimo, debes reprenderte y condenar tu propia temeridad.

II. Ante todo, guárdate, hija mia, de vituperar á tu prójimo, de acusarle, de escuchar á los que hablan mal de su conducta. Guárdate de constringerlo, de echarle en cara algo que lo avergüenze, ó de manifestar en qué lo has encontrado reprehensible y digno de vituperio. Está muy alerta, no sea que incurras en alguna de estas faltas mientras abrigues en tu corazon la indignacion y envidia que concebiste contra tu hermano, y mientras desees que sus pecados sean públicos, porque en un procedimiento de esta naturaleza no se halla ni caridad, ni celo, ni in-

tencion pura. Y si tú obraras con ella y estuvieras animada de un verdadero celo, te compadecerias mas bien, y buscarias motivos para ocultar las faltas de tu prójimo. Piensa solo en hacerte digna de que yo me complazca en tí y viva en tu corazon. Ensordece y hazte voluntariamente muda y ciega tratándose de pecados ajenos. Aun de tus menores acciones se te pedirá cuenta estrecha: ¿para qué te inquietas por este ó por aquel? Solo mi Padre debe juzgarlos: él dará el galardón ó el castigo segun las obras de cada uno.

III. No en los aplausos de los hombres, sino en mí solo y en el testimonio secreto de una buena conciencia has de buscar esa paz, por la que continuamente suspiras. Debes mortificar esa ánsia perpetua de que te amen, y esa satisfaccion escesiva cuando eres en efecto amada. Deja á los hombres ser como quisieren, y, abrasándote en el fuego de mi amor, procura hacerte digna de que yo te ame. Dá al prójimo lo que de justicia se le debe, y ámale por mí solo. No te atormentes por saber si eres amada ó no: déjalo en manos de mi Providencia. Evita cualquiera familiaridad, especialmente con personas de

bes hacer de ellas el uso debido, y ya que son ocasion de que te envanezas y llenes de mi-

otro seco. Si tanto fuera tu empeño en agrardarme, como el temor que tienes de desagradar á los hombres, te sentirás mas alegre y satisfecha en el fondo de tu alma, que si todo el mundo solicitase tu amistad.

## FRUTO.

No juzgues si no quieres ser juzgado (1), decia Jesucristo. Esta sentencia, tan verdadera es en la vida presente como en la futura. Siempre que juzgamos al prójimo, usurpamos los derechos imprescriptibles de Dios; así es que hemos de ser muy severamente castigados. Cuando juzgamos al prójimo rompemos los lazos de la benevolencia mutua que debe unir estrecha y suavemente á los que somos hermanos en el dolor: por esto se nos devuelve censura por censura y juicio por juicio. ¡Oh, cuánto mejor es que tengamos una alma de indulgencia y que no respiremos sino tras el deseo de que todos los hombres sean dichosos!

(1) S. Matth. VIII. 1.

mientras desees que sus pecados sean públicos, porque en un procedimiento de esta naturaleza no se halla ni caridad, ni celo, ni in-

## CAPITULO VI.

## MENOSPRECIO DE LOS JUICIOS DEL MUNDO.

I. HIJA mia, no te acongojes por los sentimientos que los hombres tengan de tí, ni por los juicios que formen, con tal que tú de intento no les hayas dado justo motivo de escándalo, ni presentado ocasion de que te motejen racionalmente. No porque los hombres te alaben has de ser mejor, ni peor porque te vituperen: solamente vales lo que eres á mis divinos ojos. Así como no debes envanecerte por los elogios, tampoco des lugar á la tristeza por las murmuraciones contra tí. ¿Qué provecho te resulta de las alabanzas humanas? Ninguno, sin duda: lo mas seguro es que te dañarán mucho, porque muy fácil es que te seduzcan, envanezcan é inspiren sentimientos de vanagloria. Y por el contrario, ¿qué perjuicio podrán hacerte los menosprecios, las reprensiones, las murmuraciones de los hombres? Qué daño sufres porque te condenen y persigan? Nada de esto, en verdad, puede dañarte, y tan lejos de serte perjudicial, contribuye no poco á hacerte entrar en el co-

parte de mis gloriosos bendiciones, ya que no debes hacer de ellas el uso debido, y ya que son ocasion de que te envanezcas y llenes de mi-

nocimiento verdadero de tí misma, y te eshorta á una vida mas humilde y arreglada. No te acongojes, pues, por los juicios de los hombres, sea que hablen en tu favor ó en tu contra. Sea cual fuere su lenguaje, cualquiera la opinion que formen de tí deja que piensen y obren como quieran, y eleva tu corazon hácia mí: y si eesaminando tu conciencia no te hallas culpable, nada temas. Y si por el contrario, te encuentras pecadora, llora, gime y sufre el menosprecio de los hombres, como un justo castigo, ó á lo ménos desea sufrirlo, porque me has ofendido y has puesto á los hombres en ocasion de ofenderme.

II. Si alguno te alabare, cree que es efecto de venevolencia ó de engaño. Si los hombres te reprenden ó censuran no lo estrañes. ¿Estrañarás que censuren tu vida, que la desprecien y condenen, cuando sabes que condenaron la mia y reprobaron mi doctrina, aunque ambas fuesen inocentes é irreprehensibles? Mejor es que te rogocijes por haber llegado al camino que anduve, y que te gloríes porque sigues las huellas de mis humillaciones. Deja que los hombres fragüen calumnias contra tí: yo convertiré su malicia en provecho tuyo. En todas tus acciones procura complacerme,

mentras vesees que sus pecados sean publicos, porque en un procedimiento de esta naturaleza no se halla ni caridad, ni celo, ni in-

á tus hermanos? ¿Cómo es que crees estar amenazada de un juicio riguroso, de un infierno terrible, y á pesar de eso me irritas,

y no te afañes por agradar á los hombres. Si esto llegare á suceder, persuádetete que se engañan en la buena opinion que de tí conciben, y que no conociéndote como yo, juzgan sencillamente por las apariencias esteriore. Mas si les desagradares, cree que es por tu miseria, y toma de aquí ocasion para humillarte mas y mas. Complácete en ser tenida por vil y despreciable, y por grande que sea tu confusion no dudes que mereces aun mas. Si á pesar de serles desconocida les desagradas, ¿qué seria si te conocieran tan perfectamente como yo? Esto es lo que de continuo debes tener presente.

III. Considera que eres la mas miserable é ingrata de todas las criaturas; quien mas ha menester de mi gracia y misericordia. Considera que sin mí tus obras nada valen. Está persuadida de que tu prójimo tiene á mis ojos mucho mérito, y que si á tí te sufro es solo por mi bondad. Querer elevarse sobre otros y juzgarse mejor que ellos á causa de mis dones, es un orgullo insoportable. Para que te preserves de él, es menester que yo te prive de mis gracias sensibles, ya que no sabes hacer de ellas el uso debido, y ya que son ocasion de que te envanezcas y llenes de mi-

nocimiento verdadero de tí misma, y te eeshorta á una vida mas humilde y arreglada. No te acongojes, pues, por los juicios de los

serables pensamientos. Considera que eres tan débil, que algunos instantes bastan para que el demonio te venza, cuando no imploras mi socorro. Si yo no combato por tí, no eres capaz de resistir la menor adversidad. Sin mi gracia no podrias vencer la mas ligera tentacion, y solo mancharias y corromperias todo el bien que pretendieras hacer. Siempre estás pronta para censurar á los demás; y esta facilidad es indicio evidente de tu arrogancia. Mis verdaderos amigos se acusan á sí mismos, y difícilmente censuran ó vituperan á los demás. Todas sus acciones sonles sospechosas: á sí mismos se tienen por sospechosos, y temen no buscarme con un amor puro y desinteresado. Admiran y alaban las acciones ajenas, y ninguna sospecha admiten contra el prójimo.—Si hablas de los demás alábalos ó escúsalos, ó calla; teniendo presente de continuo tu miseria é ingratitud, y asombrándote de que los hombres no te detesten y abrumen bajo el peso de sus eesecraciones.

## FRUTO.

No podrás obtener la virtud de la humildad si no amas la humillacion, porque es menes-

á tus hermanos? ¿Cómo es que crees estar amenazada de un juicio riguroso, de un infierno terrible, y á pesar de eso me irritas,

ter que la humillacion preceda á la humildad. Para humillacion tuya recibe, pues, de mano de Dios algun suceso. Aprecia la humillacion y el desprecio: deja que hieran tu reputacion: ponte en manos de Jesus y guarda silencio. El, mejor que tú, sabe el medio de justificarte y salvar tu reputacion. Si tú misma te defiendes, das á entender que no necesitas su socorro. Pero si por el contrario, callas con humildad y aguardas con paciencia, Dios responderá por tí oportunamente. No te le anticipes por tus excusas: Dios peleará por tí, mientras tú calles.

## CAPITULO VII.

## DE LA FE.

I. Hija mia, mira cómo en este tiempo abundan los escándalos, cómo es destrozada mi Iglesia y blasfemados mis dogmas. Mira como á la religion llaman fanatismo, y supersticiones á sus piadosas prácticas: el Evangelio pasa por una fábula, y el infierno por un vano espantajo. Ecsamina si estás firme en la fé. ¿Te ha sucedido vacilar alguna vez en lugar de robustecer á los débiles? ¿No te

nocimiento verdadero de tí misma, y te eshorta á una vida mas humilde y arreglada. No te acongojes, pues, por los juicios de los

ha venido el deseo de conocer esos libros impíos que ultrajan el cristianismo? En vez de procurar la salvacion de tu prójimo por medio del buen ejemplo y de la correccion cristiana, ¿no has dejado escapar algunas de esas palabras equívocas que denotan un corazon viciado? ¿Qué desgracia para tí si en lugar de nutrirte con las santas máximas de mi Evangelio escuchas con placer las blasfemias de libertinos impostores! ¿Qué deshonor para tu profesion que te empeña á defender aun á costa de tu sangre la fe que tan solamente has prometido guardar! ¿Qué estrago no causaria en las almas tu contagioso ejemplo! ¿De cuántos horribles pecados no serias tú la causa! ¿Qué espantosas ruinas no se desplomarian sobre tu cabeza! ¿Oh pecado! ¿Oh remordimientos! ¿Oh amargura!

II. Aun cuando con la boca digas que crees, ¿no vendrán luego tus obras á desmentirte? Si crees que estoy en la hostia santa, ¿cómo te atreves á cometer tantas irreverencias en mis templos? ¿Cómo es que me recibes en la comunion con tanta frialdad y apatía y tal vez en pecado mortal? ¿Cómo crees en mi evangelio y vas contra sus máximas, no amando con sinceridad ni á mí ni

á tus hermanos? ¿Cómo es que crees estar amenazada de un juicio riguroso, de un infierno terrible, y á pesar de eso me irritas, solicitando y mereciendo con tus pecados caer en ese mismo infierno? Crees que he rescatado las almas con el precio de mi sangre, ¿y así las conduces de nuevo con tus malos ejemplos al mismo cautiverio de que las he liberado? Crees que se me escucha escuchando á mi Iglesia, ¿y censuras perpetuamente á sus ministros, y te burlas de sus ceremonias mas santas? ¿Se dirá que el que así vive tiene fé? ¿No es esto destruir con las obras lo que se edifica con las palabras? Dices que crees; pero los demonios tambien creen y tiemblan, y tú ni siquiera tiembras. Si pues tus obras desmienten tus palabras, me pones en la mano tu sentencia: tus palabras te convencen de impostura.

III. Vigila mucho sobre tí, y si vieres que tu fé se debilita, no vaciles ni un instante: corre luego á los piés de un confesor sábio y celoso, y descúbrele tu interior: escucha sus consejos: lee, pero hazlo solo por conocer la verdad. Conocerás que no te he engañado, que soy tu Dios, y que tu religion es santa. Ten, pues, un celo ardiente por la conservacion de tu fé:

uera bien ¿que no sairen los mundanos! ¿que no has sufrido tú misma, y á qué peligros no te has espuesto por tal de lograr un bien pe-

considera que tus enemigos y los míos te tienden redes secretas para prenderte. La fé, hija mia, es tan preciosa, que el demonio, el mundo y la carne creen que no pueden con mas ventaja emplear sus tiros, que asestándolos contra esta virtud, y por eso te envían contra ella tentaciones peligrosas, é inventan medios para hacer morir en tu alma todos sus frutos, arrancando de raíz la planta misma. ¿Has llegado á conocer lo que vale tu fé? ¿Vigilarás, trabajarás en lo sucesivo para triunfar de todos sus enemigos? ¡Ah! ¡Considera que de lo contrario me ultrajas y te perjudicas á tí misma! ¡No ves que con tu conducta destruyes la fé en tu corazón y la arruinas en los demás con tu mal ejemplo? ¡Cuántos hay que al ver que tú eres religiosa, y religiosa infiel, vacilan en la fé, é insensiblemente llegan hasta el extremo de despreciar el Evangelio que no miran ya como inspiracion divina, sino solo como una invencion humana!

## FRUTO.

EJERCÍTADE en frecuentes actos de fé: afirmate en ella con la lectura de buenos libros y con la práctica de una sólida devocion. Na-

crees en mi evangelio y vas contra sus máximas, no amando con sinceridad ni á mí ni

da leas sin el parecer y aprobacion de tu director ó de otra persona ilustrada. No consentas ni fomentes pensamientos contrarios á la fé; y si en tu corazón se levantas algunas dudas, manifiéstalas á un hombre sábio y prudente, abriéndole con sencillez tu corazón, y siguiendo con docilidad sus consejos.

## CAPITULO VIII.

## DE LA ESPERANZA.

I. Hija mia, á nadie has de temer sino á mí, y en mí solo has de esperar, pues soy el Dios que solamente has escogido por tu porcion y herencia. ¿De qué serviría que pusieras tu confianza en las riquezas, en la fuerza, en el trabajo, en los protectores? ¿De qué te serviría contar con tu talento y habilidad, si es maldito el que confia en el hombre y si al cabo ha de ser para siempre humillado el que se gloria de sus fuerzas? Mi divino poder no te asistirá, á menos que te despojes de la humana presuncion. Espera en mí, y solo tendrás derecho para quejarte, si algo te falta despues que con sinceridad me hayas

uera bien ¿que no suiren los mundanos? ¿que no has sufrido tú misma, y á qué peligros no te has espuesto por tal de lograr un bien pe-

buscado. ¡Ah, no te desalientes, hija mia, ni te dejes abatir por los contratiempos. Quiero que esperes en mí, desconfiando de tí misma, y que al recelarte así no dejes de esperar en mis promesas.

II. Con mucha razon tiembblas en vista de tus pecados, porque son mas graves que los de las mugeres mundanas; pero, ¿no he prometido perdonártelos? Mi Iglesia recibió de mí poder bastante para perdonar todos los pecados del mundo entero. ¿No he dicho que no quiero la muerte sino la salvacion del pecador? No me contentaré con perdonarte, sino que tambien formaré de tí una grande santa. Mira á Magdalena, mira á Tais; grandes pecadoras eran ambas, y á pesar de serlo yo las he vuelto á la senda de la virtud, al camino del cielo. Una y otra habian disipado en las viles pasiones de la carne los tesoros de una alma inmortal; pero despues me los han prodigado, y no han pensado en el mundo mas que para abominarlo. No te desanimen tus tribulaciones, tus debilidades, tus tentaciones, tus faltas: considera en mis llagas mi amor, y en los sacramentos, á que te convido, mis gracias y mi sangre. Si te he escogido para que me sirvas, si no te he abrumado con

crees en mi evangelio y vas contra sus máximas, no amando con sinceridad ni á mí ni

aplacarme, porque ¿para qué me presentas la paja sin el grano que debe estar cubierto con ella? Así es que, cuando ya poseas el amor,

el peso de muchas obligaciones, ¿crees que te he de escasear los ausilios necesarios? Si he comenzado la obra, ¿no podré acabarla siempre que tú cooperes á mis gracias? Confia en mí, y siempre estaré contigo.

III. No te olvides de que eres hija mia, y por lo tanto heredera de mi gloria, y que aunque sufrieras como yo sufrí, todas las penalidades de la tierra, nada serian en comparacion del premio que te aguarda en el cielo. ¿Y pensarás que es demasiado el poco bien que haces? Mis preceptos te parecerán penosos, la vida de una muger cristiana y virtuosa la llevarás con trabajo; ¿pero cuánto mas no han sufrido tantas jóvenes mas débiles que tú, combatidas con tentaciones mayores, rodeadas de mil duros obstáculos, en poder de crueles padres y de tiranos implacables! Mas ellas, animadas con la esperanza de ganar esa recompensa eterna é infinita, miraban como ligerísimas y de muy corta duracion todas sus fatigas, angustias y sufrimientos. Y yo mismo ¿qué no sufrí para entrar á la gloria? ¿Te arredran los sufrimientos? Pues considera bien ¿qué no sufren los mundanos? ¿qué no has sufrido tú misma, y á qué peligros no te has espuesto por tal de lograr un bien pe-



buscado. ¡Ah, no te desalientes, hija mia, ni te dejes abatir por los contratiempos. Quiero que esperes en mí, desconfiando de tí mis-

recedero? Y tratándose del cielo ¿te mostrarás tan perezosa? Te he preparado una corona mas rica, he derramado mas copiosamente mis dones sobre tí que sobre las mugeres del mundo; y á pesar de esto ¿serás tan negligente como ellas? ¡Sus! pues: el tiempo es corto: esfuérzate por hacer una rica provision de buenas obras. Pronto vendré á recompensar á cada uno conforme á sus merecimientos.

## FRUTO.

ALEJA de tu pensamiento la imágen del mundo corrompido, y endereza tu corazon á Dios y á los tesoros celestiales. Algunas veces te parece grave y austera la disciplina religiosa, ¿y sabes por qué? Porque aún estás apegada al mundo, porque aun echas menos la vida secular. Acuérdate que eres de Dios y no del mundo. Medita de continuo en la grandeza de los bienes celestiales, y acostúmbrate á mirar como lodo los bienes de la tierra. Esta casa, este claustro en que estás encerrada, forme tu universo, y mayor alegría sentirás en tus últimos instantes, al recordar estos

aplacarme, porque ¿para qué me presentas la paja sin el grano que debe estar cubierto con ella? Así es que, cuando ya poseas el amor.

años pasados con modestia y sencillez, que si los hubieras disipado, embriagándote con los placeres del siglo.

## CAPITULO IX.

## AMOR DE DIOS.

I. ¿Me amas, hija mia, con todo tu corazon, con toda tu alma y con todas tus fuerzas (1)? ¿Me amas sobre todas las cosas, mas que á tus allegados, mas que á tus padres, mas que á tí misma, mas de lo que me aman los otros? Si tú quieres amarme, ámame con todas las potencias de tu alma. Te pido un amor puro y sin mezcla, y entiendo por tal el que no conoce límites ni medida. Y si me amas mucho, piensa en los medios de aumentarlo mas, pues que el amor que se me tiene puede estenderse á lo infinito. Nunca dice *basta*: jamás se sacia, y sea cual fuere la altura á que ha llegado, puede aún elevarse mas, porque la caridad crece y va siempre en aumento, y como no es mas que la buena voluntad, no hay límites ni medida que puedan

(1) Math. XXII, 37.

buscado. ¡Ah, no te desalientes, hija mia, ni te dejes abatir por los contratiempos. Quiero que esperes en mí, desconfiando de tí mis-

prescribírselo. Bien sé que quisieras amarme con todo tu corazón, y que desees unirte á mí con una caridad tal vez superior á la de todos los ángeles y santos. Tal aspiracion es buena, y yo la apruebo con tal que no esté acompañada de un secreto deseo de tu propia escelencia, y no haga penetrar en tu corazón una sutil vanidad que te mueva é instigue á tener ese deseo. Procura que todos tus pensamientos sean puros, y ámame solamente por quien soy, y sin atender á los bienes de que puedo colmarte.

II. Nunca la caridad está ociosa. Cuando vive en una alma, produce en ella admirables frutos; y puede muy bien decirse que tan luego como deje de producirlos deja de ser amor.—Además, hija mia, está muy alerta para no caer en la consternacion y abatimiento cuando te encuentres imposibilitada para practicar el bien, porque entónces me basta tu buena voluntad, y me es tan agradable como la accion que pudieras hacer. De nadie ecsijo lo que no ha recibido, y las mas de las buenas obras me agradan ménos que un amor ardiente. De nada sirve que me ofrezcas muchas acciones, si no están animadas de la caridad que las vivifica. No podrás con ellas

aplacarme, porque ¿para qué me presentas la paja sin el grano que debe estar cubierto con ella? Así es que, cuando ya poseas el amor, puedes ofrecerme tambien la paja, es decir, las obras exteriores. Y aunque yo no atiende á las obras si no las anima la caridad, no sucede así con la caridad cuando viene sola, pues la recibo como una ofrenda de olor esquisito, aun cuando no la acompañen las obras exteriores: como cuando la enfermedad, la necesidad, la obediencia ú otro motivo legítimo te cierran el camino quitándote los medios de obrar bien. En este caso me contento con la buena voluntad; pero tan luego como desaparezcan esos obstáculos, es menester, que si mi amor aún vive en tu alma, suba á su origen divino, y que solo por Dios lo derrames y prodigues sobre tu prójimo.

III. Sábetelo, pues, hija mia, que el menor de los consuelos que mi gracia puede darte, escede con mucho á todos los placeres que pueden proporcionar las criaturas. ¡Y á pesar de esto el hombre me abandona! ¡A mí, al supremo bien! ¡Menosprecia mi bondad, renuncia á su propia felicidad por amarse, por amar á las criaturas! ¡Por qué, desgraciados, os engañais así? Os complaceis amando,

Desamina atentamente cual es el motivo de tus acciones y deseos; y ya sea que hables, ya guardes silencio, ya obres, ya permanezcas

¿y de dónde viene que no me ameís á mí, cuyo amor es santo, puro, casto y sencillo: á mí, que soy un objeto infinitamente amable, por esencia bueno, bien sin mezcla de mal, bien soberano, y que en premio de vuestro amor puedo coronaros con la corona de la vida, inundándoos en un gozo infinito por toda la eternidad? El amor del mundo solamente produce amarguras, distracciones, arrepentimientos y tristeza. Abandónalo, pues, y desprécialo todo: vuélvete á mí con toda la vehemencia de tus deseos, con todo el entusiasmo de tu corazon; conságrame todo entero, dame toda tu alma, conságrame todo tu ser. Miéntas estés apegada á las criaturas, solo te quedará lo que es de la criatura, es decir, la mancha que imprime un amor ilegítimo: inquietudes perpetuas, siempre un vacío en el corazon, pensamientos que te alejan de mí, que sin cesar te tienen distraida. Por el contrario, si tu corazon se une á mí, yo lo reconcentraré, lo uniré estrechamente conmigo, y yo me uniré con él, derramando en tí la tranquilidad, concediéndote el reposo que apeteces y la pureza de conciencia.

ardiente. De nada que me creas muchas acciones, si r están animadas de la caridad que las vivica. No podrás con ellas

## FRUTO.

SANTA Teresa, hablando del demonio, decia: “¡Desgraciado, jamás podrá amar!” Tú debes meditar esas palabras admirables.

“La víspera de Navidad, Santa Isabel suplicaba al Señor que le concediese la gracia de amarlo con todo su corazon. La Santísima Virgen se le apareció y le dijo: ¿Quién es el que ama á Dios? ¿Lo amas tú? No atreviéndose la humilde Isabel á afirmarlo, no queria tampoco negarlo. Miéntas que de esta manera vacilaba en su respuesta, María continuó: ¿Quiéres que te diga quien le ha amado? Los bienaventurados Bartolomé, Juan y Lorenzo le han amado. ¿Quiéres tú como ellos dejarte desollar y quemar viva? Isabel guardaba silencio, y María continuó. En verdad te digo, que si consientes en ser despojada de lo que te sea mas caro y precioso, y aún de tu propia voluntad, obtendré para tí el mérito mismo que Bartolomé tuvo cuando lo desollaron. Si sufres con paciencia las injurias, tendrás el mérito de Lorenzo cuando lo quemaron. Si nada respondes á los que te injurian y se burlan de tí, harás el mismo mé-

Desamina atentamente cual es el motivo de tus acciones y deseos; y ya sea que hables, ya guardes silencio, ya obres, ya permanezcas

rito que Juan cuando quisieron envenenarlo, y en todas estas acciones yo estaré á tu lado para darte fuerza y auxilio (1).

### CAPITULO X.

TODAS LAS ACCIONES DEBEN REFERIRSE  
A DIOS.

I. HIJA mia, nada quieras apropiarte de los bienes que produzco en tí ó de los dones con que te adorno: reconoce que estos bienes y estas gracias en mí solo están como en su fuente. Debes admirar continuamente mis beneficios, mi caridad gratuita y mi dulzura, despues de haber considerado tu miseria y tu nada, para no envanecerte con mis dones y liberalidad, y para no sentir alegría ó consuelo culpable de que yo derrame mis gracias sobre tí. Porque esto seria regocijarte en tí misma por amor propio, y atendiendo solo á tu provecho, mientras que en mí solo y solo por mi amor debes regocijarte de que yo sea tan bueno, liberal y misericordioso con

(1) Montalembert, Historia de Santa Isabel.

ariente. De nada que me creas muchas acciones, si están animadas de la caridad que las vivifica. No podrás con ellas

### CAPITULO XI.

AL CORAZON DE LA RELIGIOSA.

45

unas criaturas tan indignas é ingratas. Ninguna cosa me agrada tanto como esa humildad profunda que nada se apropia; y cuando al considerar tu bajeza, tu indignidad y tu ingratitud, concibes un temor religioso, un miedo santo que te llena de turbacion, mas aprecio verte en ese estado de abatimiento voluntario, que si quisieras fundar una vana alegría y una confianza vana en los consuelos celestiales. Así es que, siempre que recibas de mí gracias sensibles, dones cualesquiera que sean, no te gloríes de esto en tí misma, ni te regocijes escluyéndome á mí; porque el amor propio donde quiera penetra, y fácilmente engaña á los que no están muy alerta sobre su corazon.

II. Si quieres ser mi esposa, conserva siempre tu corazon en castidad y pureza, desprendido de todo amor humano, y libre de todo cautiverio de parte de las criaturas. Y si aspiras á la verdadera pureza, es menester que renunciés á las alegrías, á los consuelos, y á las diversiones que la naturaleza proporciona en toda clase de objetos y conversaciones. Ecsamina atentamente cuál es el motivo de tus acciones y deseos; y ya sea que hables, ya guardes silencio, ya obres, ya permanezcas